

cia de las malas lecturas, nos asustaría su número.

Creo que si los libros malos pudieran hablar, revelarían cosas espantosas del apostolado de perversión que han ejercido sobre las almas.

Creo, en fin, que hay obligación de no aun conservar en nuestro cuarto libros peligrosos; su presencia sola es un foco permanente de perdición. Y todo esto lo creo en nombre del buen sentido, de la experiencia y de la fe.

El cosario de Pozoblanco

Tipo curioso era el tío Antón «el pacífico», *cosario*, ó como en otras partes llaman, ordinario, *arriero*, ó *recadero*, entre Pozoblanco y Córdoba. Hombre regordete, de cara ancha, coloradote y de buena pasta.

Ganábale honradamente la vida llevando y trayendo cosas y recados entre ambas poblaciones. Si algunos no saben vivir en paz con nadie, ni aun consigo mismos, y en todo hallan ocasión de dar y recibir disgustos, el tío Antón, a pesar de tratar diariamente con toda clase de personas, por lo que a él tocaba, se llevaba bien con todos, gracias a su honradez, habilidad y buen genio.

Era muy exacto; cosa rara en transmitir los recados, y fiel en los negocios; pero conocía bien a la gente, y sin desconfiar de nadie, obraba como si de nadie se fiase. Se atenía a aquello de «cuentas claras amigos viejos».

Sabiendo por experiencia propia y ajena que es más fácil hacer encargos que pagar el importe de las prendas pedidas, se valía de un medio ingenioso, que puede tener aplicación a cosas de bien diferente índole y de mayor interés.

Vispera de la salida admitía toda clase de encargos. Tenía un paquete de papellitos, como los que forman el taco de un calendario americano, y conforme le iban haciendo los encargos, los apuntaba en sendos papeles.

A la señora Juana una escoba fuerte y barata.

Al hijo del esquilador un pito, que pite mucho. Me dió un cuarto.

A Toñito, el del panadero, un trompó grande, que baile bien. Me entregó dos cuartos.

Al señor maestro una caja de obleas de varios colores, un tintero de latón y media docena de plumas. A buena cuenta recibí cinco reales.

Por este estilo iba anotando los recados y encargos, extendía los papellitos sobre la mesa, y sobre cada uno ponía el dinero, si se lo entregaban.

Poco antes de salir para Córdoba se acercaba a la mesa, daba tres fenomenales resoplidos, y los papellitos que no tenía dinero encima

bían revoloteando por el cuarto.

Reláse el pacífico al verlos volar sin alas, y decía para su colete: Es más cómodo hacer encargos que pagarlos; y más fácilmente se promete que se cumple.

Recogía los papeles que hallaba sobre la mesa, liaba en cada uno el dinero correspondiente y al avío.

Al volver era como un enjambre la gente que le acosaba.

—Tío Antón, mi pito.

—Tómale. Mira qué guapo.

—Tío Antón, mi trompó.

—Aquí está, que baila solo.

—¿Y mi escoba?

—¿Qué escoba?

—La que le encargué, que fuese fuerte y barata.

—¡Caramba! se debió llevar el viento el papellito en que tomé la apuntación. ¿Como no tenía peso encima!

Así iba despachando la gente, entregando los objetos a los que le habían dado su importe, y echando la culpa al viento de los recados no cumplidos.

En viéndose solo, mientras liaba un cigarro gordo, muy gordo, decía lleno de satisfacción:

—Si digo yo que mi cuarto es como el mundo. Unos hacen propósitos buenos, y los cumplen.

Otros los hacen de palabra, pero no ponen los medios para cumplirlos y luego viene el diablo, y sopla, y se lo lleva todo la trampa, y el diablo se ríe de los tontos.

Y el tío Antón soltaba una carcajada, encendía su cigarro y cantaba con fruición:

Si Dios al mundo juzgara

Por los votos y promesas,

Fueran grandes las remesas

De gente que al cielo entrara

CECILIO GOMEZ RODELES, S. J.

El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús de Madrid.

Ana Joaquina S. de Zuleta y familia se despiden atentamente de sus numerosos amigos de ésta, sienten el no poder hacerlo personalmente por la premura del tiempo y gustosos esperan sus órdenes en Girardot.

Villavo, Octubre 23 de 1916.

Viajeros

Procedente de Chipaque llegó a ésta la familia Caballero; de Bogotá, los señores Juan Acuña, Joaquín Lemus, Pedro Gutiérrez H., Bernabé Arbeláez, Manuel y Alejandro Cala de paso para Medina; de Orocué,

MAQUINAS SINGER?

EL COLMO DE LA COMODIDAD

La máquina de coser de SINGER, es sin duda alguna, la mejor entre las de su clase. Silenciosa, suave, rápida y de mas durabilidad que cualquiera otra.

Puede Ud. obtener una máquina Singer, pagándola por cupos pequeñas, semanales, quincenales o mensuales. Pida Ud. informes en seguida a nuestro agente, en Ciénega y Villavicencio, señor LUIS F. GALINDO.

para el Tolima el señor José Alfaro.

Para el Departamento vecino salieron los señores Jorge R. Vejarano, Faustino N. Sánchez, Neftalí Castro y Señora; para San Martín, el Dr. Teófilo Argaña.

La Custodia de las Nieves

(Recuerdo de Bogotá - 1598)

III

En el suntuoso templo de Las Nieves

A la primera luz de la mañana

José Tallens y Ana

Ante la Virgen de rodilla están:

Reflejan sus miradas la alegría;

Con leda voz que corta el alborozo

Embargados del gozo

Grata plegaria recitando van:

«¡Virgen hermosa, cual la nieve pura!

¡Ojos del cielo, que al mirar serenos

En corazones de amargura llenos

Infunde paz y placida dulzura!

Tú nos miraste y nuestra voz oíste;

El criminal volvió, floré y de hinojos

A nuestros pies depuso sus despojos;

La dicha a nuestro hogar así volvíste!

Recibe, Madre, los modestos dones,

De cariñosa gratitud ofrendas:

Recíbelos, Señora; en estas prendas

Te entregamos también los corazones!

IV

Ante el altar de María

Rica lámpara de plata,

En forma de resplandores,

Gratitud y amor derrama.

Tallens su voto ha cumplido,

Y el fuego que arde en su alma

Hacia la Virgen, no cesa

De brillar en esas llamas.

Pero es más rica la joya

Que a Jesucristo consagra;

Custodia de oro, con perlas

Y rubíes y esmeraldas;

La mirada que hoy en las Nieves

Cautiva nuestra miradas.

Fue amor y agradecimiento

Al Redentor de las almas;

Amor que nunca desmiente

La nobleza bogotana:

Que así como la custodia,

Con el oro y esmeraldas,

Con las perlas y rubíes,

Le ofrece digna morada

Al divino Prisionero

Del amor a nuestras almas;

Así nuestros corazones,

Santafeños de raza,

Le dan a Cristo por trono

De su amor las llamas,

Lo mejor de su idolatría,

Lo más rico de su casa;

Y por remate sublime,

Digno de nobleza tanta,

Le dan con frecuencia suma

Su mismo pecho en morada.

¡Santa Fe, yérquete altiva,

No flumíes tu frente ufana

Sino ante el Dios prisionero

Del amor a nuestras almas!

JUAN M. RESTREPO F., s.j.